

La oración mutua: Alumnos (1/13)

Dr. Justo L. González



Hechos 4
Lecciones Cristianas
6 de septiembre de 2015

Semillas de crecimiento: La oración mutua (alumnos)

1 de 13

Texto impreso: Hechos 4:23-31

Propósito de la lección

Con la lección de hoy empezamos una serie de trece sobre el libro de Hechos. Le invitamos durante este trimestre a ir leyendo todo el libro de Hechos, para así entender mejor los pasajes mismos que estaremos estudiando.

El tema de esta primera lección es cómo la iglesia responde a las dificultades y amenazas orando unos por otros. Pero eso es algo que ya sabemos de sobra. Por eso, lo que nos interesará será ver qué es lo que la iglesia primitiva pide en sus oraciones. Cuando nuestra fe nos causa dificultades, ¿qué hemos de pedir en nuestras oraciones?

Examen de la Escritura

Pedro y Juan habían curado a un cojo junto a la puerta del Templo llamada “la Hermosa”. El testimonio de cojo fue tal, que se reunió una multitud para escuchar lo que Pedro y Juan decían. La respuesta de las autoridades fue arrestar a los dos apóstoles y llevarles ante el Concilio de los judíos (también llamado el Sanedrín). Este les cuestionó, y a la postre decidió ordenarles que no hablaran más acerca de Jesús y amenazarles para que no lo hicieran. (Más adelante, en el capítulo 5, les arrestarían otra vez, y en esa ocasión les azotarían.)

El pasaje impreso tiene lugar cuando, tras su primera comparecencia ante el Concilio, Pedro y Juan regresan a la iglesia y rinden informe de lo acaecido. Lucas no nos da ese informe, pero podemos suponer que se trata precisamente de lo mismo que el propio Lucas acaba de contarnos a partir del milagro de la puerta del Templo. Y también es de suponerse que el informe terminaría con la decisión del Concilio, de ordenarles callar y amenazarles en caso de que no le obedecieran.

La iglesia responde con una alabanza al Dios que desde tiempos antiguos le dio la victoria al pueblo de Israel aun cuando muchos se confabularon contra él. La cita que aparece en los vv. 25 y 26 ha sido tomada del Salmo 2. En ella, vemos que contra Israel “se reunieron todos los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno”. Luego, el que ahora se confabulen los romanos con los judíos, Poncio Pilato con Herodes, no ha de sorprendernos. Al igual que Dios le dio la victoria a Israel, como el Salmo 2 canta, así también la iglesia le pide ahora a Dios que le dé la victoria.

En toda esta oración, lo más notable es que la iglesia no le pide a Dios que le evite problemas, o que ayude a Pedro y a Juan a aceptar el mandato del Concilio, sino todo lo contrario. Cuando los dos apóstoles comparecieron ante el Concilio, lo que más maravilló a ese cuerpo (y podemos imaginar que fue también lo que más les preocupó) era que hablaban “con valentía” (4:13). Lo que la iglesia ahora pide es: “Señor, mira sus amenazas y concede a tus siervos que con toda valentía hablen tu palabra” (v. 29). En otras palabras, “Señor, dales poder para que puedan

seguir haciendo lo que han estado haciendo y se les ha prohibido”. Y, mientras todo el problema había surgido del milagro de sanar un cojo, y de haberlo hecho en la nombre de Jesús, ahora la iglesia pide que Dios extienda su mano “para que se hagan sanidades, señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús” (v. 30).

El pasaje termina indicando que esa oración recibió respuesta positiva, pues se hizo el prodigio de que “el lugar en que estaban congregados tembló, y todos fueron llenos del Espíritu Santo”. Y la petición de que los apóstoles pudieran hablar “con valentía” recibió una respuesta aun mayor que lo que se pidió, pues “todos hablaban con valentía la palabra de Dios” (v. 31).

Aplicación de la lección

En muchos de sus mejores tiempos, la iglesia ha tenido que vivir bajo presión y frecuentes amenazas. Eso se ve con creces en todo el libro de Hechos. Y se ve también en la historia de la iglesia antigua, que fue perseguida por espacio de casi tres siglos. La historia del movimiento misionero abunda también en casos de creyentes que dieron testimonio de su fe aun en medio de torturas y muerte. En nuestra América Latina en los dos últimos siglos hubo colportores dedicados a distribuir Biblias que sencillamente desaparecieron, y nunca se supo lo que fue de ellos.

Hay también otros tiempos en los que Dios le concede a la iglesia relativa paz y tranquilidad. Eso sucedió en la iglesia antigua cuando cesaron las persecuciones, en muchos territorios

misioneros según las circunstancias fueron cambiando, y en América Latina según los países se fueron liberalizando y el protestantismo alcanzó mayor arraigo.

Esos tiempos son preciosos intervalos en los que la iglesia puede dar su testimonio más abiertamente, organizar su vida, hacer impacto sobre la sociedad. Pero son también tiempos peligrosos en los que la iglesia puede llegar al convencimiento de que ya hemos llegado, que ya no hay razón de conflicto con el resto de la sociedad, que ahora podemos vivir tranquilos, adorando los domingos y contentándonos con lo que sucede en derredor nuestro durante todo el resto de la semana.

Esto fue lo que sucedió en la iglesia antigua al cesar las persecuciones. El emperador Constantino, quien le dio paz y privilegios a la iglesia, pareció ser un nuevo rey David. Parecía que el Reino de Dios ya había llegado. Las gentes se agolpaban para unirse a la iglesia. Y la iglesia se acomodó a la sociedad, y se olvidó de muchas de las injusticias y de los pecados que todavía continuaban, y le perdonó sus muchos crímenes al Emperador, y la sal empezó a perder su sabor.

Esto es lo que sucedió en América Latina cuando el protestantismo empezó a recibir aceptación pública, y a la postre algunos líderes protestantes apoyaron a dictadores sanguinarios, sencillamente porque esos dictadores a su vez le prestaban su apoyo a la iglesia.

Esto es lo que sucede hoy cuando no sufrimos persecución ni presión, y nos olvidamos de los miles de cristianos que cada año mueren por su fe en diversas partes del mundo.

Todo esto no quiere decir que debamos buscar persecución ni dificultades. Pero sí quiere decir que, no importa cuán cómodos estemos, ni cuán bien se nos reciba en la sociedad, tenemos que pedir el poder para proclamar el mensaje cristiano “con valentía”. Cuando tal hacemos, pronto descubriremos que hay todavía mucho en nuestra sociedad que es necesario cambiar. Y descubriremos también que nuestros esfuerzos por cambiarlo nos pueden traer dificultades. Lo que es más, hacer el bien, como lo hicieron Pedro y Juan al curar al cojo, no siempre nos traerá halagos y apoyo, sino que también habrá crítica y oposición.

Hay muchos casos que podríamos citar. Pensemos, por ejemplo, en Martin Luther King, a quien se llamó subversivo, anticristiano, comunista, etc., y quien a la postre fue asesinado, pero a quien hoy se respeta como testigo de la justicia que Dios requiere.

¿Qué otros casos podemos citar?

Si vivimos en circunstancias en las que no se nos persigue ni se nos presiona sobremanera, todavía tenemos que preguntarnos: ¿Qué será hoy eso de proclamar la palabra “con valentía”? ¿Cuáles son los males, las injusticias, que debemos criticar, aun a costa de que no se nos mire con buenos ojos? ¿Qué bienes deberíamos estar haciendo si tuviéramos verdaderamente esa valentía que la iglesia antigua pidió y recibió?

Oración

Señor, a ti que estás por encima de todos los reyes, te rogamos que nos des visión, fe y valentía para dar testimonio fiel, aun ante los reyes de nuestros días. Ayúdanos a ver dónde se requiere un testimonio fuerte y valiente, e inspíranos a darlo. Por Jesús, el fiel testigo y el soberano de los reyes de la tierra. Amén.

